



# Espacios del ocio

Jorge Vázquez Ángeles

COMO MIEMBRO DE LA GENERACIÓN de los setenta, me tocó sufrir largos periodos de ocio que difícilmente remediaban los paseos en bicicleta o las cascaritas en el Parque Lira. Durante muchos años, el máximo avance tecnológico disponible en casa fue una videocasetera Betamax, donde vi, gracias a la incipiente industria pirata nacional, la primera película de *Los Cazafantasmas* sin subtítulos en español.

Antes de que mis abuelos liquidaran al Juego de la Oca, Serpientes y Escaleras, Uno y Memorama por medio de un Atari 7600, el cine era una explosión efímera que iluminaba cada miércoles las aburridas y lentas semanas del estudiante de la escuela primaria. Cerca de mi casa existían cinco cines: el Carrusel, a donde fui a ver *Batman*, dirigida por Tim Burton, y el espectáculo del cantautor cubano “Virulo”; el Ermita (1950), aún en uso, obra del arquitecto mexicano Juan Sordo Madaleno, que se especializaba en películas de ficheras; el Jalisco, hoy convertido en una sucursal más de “Pare de sufrir”, cine al que comúnmente asistía con mi madre y mi hermano (introducíamos refrescos y otras botanas para ahorrarnos la visita a la dulcería), y donde vi *Los estudiantes se divierten* (*Zapped*, 1982)<sup>1</sup>; el Marilyn Monroe, dedicado, exclusivamente, a la proyección de cintas pornográficas, hoy convertido en una

<sup>1</sup> [bit.ly/zappedjva](http://bit.ly/zappedjva)





Fotografías: Jorge Vázquez Ángeles y Alejandro Arteaga

tienda Elektra; y el Hipódromo, en el edificio Ermita, que sufrió terribles modificaciones tras ser incorporado a los ya desaparecidos Cinemas Lumiere. Cuando yo era niño, el Hipódromo se distinguía del resto por programar exclusivamente películas infantiles. Ahí vi por primera vez *Bambi* (1942), *Fantasia* (1940) y *Los hijos del capitán Grant* (1962), entre otras. Recuerdo que a mi madre no le gustaba llevarme porque el sonido era pésimo, las butacas eran incómodas y el piso siempre estaba pegajoso. Ignoro por qué a mí sí me gustaba ir, a pesar de las evidentes carencias que años y años de abandono hacían del Hipódromo un verdadero cine

“piojito”. A pesar de ello su caso es particular: del mismo modo en que centenares de teatros fueron adaptados para que pudieran proyectarse las primeras películas, el Hipódromo recorrió el camino inverso, pues hoy ha sido transformado en teatro donde se montan obras para estudiantes que hacen cola todos los fines de semana.

Quienes nacimos en los años setenta contemplamos la última etapa de los grandes cines, de esos que llegaban a tener capacidad para más de dos mil personas. Conforme se multiplicaron los Videocentros y las videocaseteras beta en casa, la gente dejó de acudir a las salas, puesto que la “permanencia voluntaria” se amplificaba gracias al botón de pausa en el control remoto, y resultaba más barato para la siempre disminuida clase media mexicana hacer palomitas

de maíz en una olla exprés y beber agua de limón en la comodidad de la sala.

Para la arquitectura, la invención del cinematógrafo fue importante por dos razones: hizo indispensable la remodelación de viejos teatros que en otras circunstancias habrían sido demolidos, e incorporó un nuevo tema al quehacer de los arquitectos. A lo largo de la historia, la arquitectura se ha ocupado de tres temas fundamentales: el templo, el palacio y la vivienda. El primero se desarrolló desde las épocas de las grandes civilizaciones (Egipto, Grecia, Roma); el segundo, desde

el Renacimiento hasta el siglo XIX; el XX fue el siglo de la vivienda. Sin embargo, aunque esta división resulta a todas luces parcial y sesgada, el tema del ocio y cómo se ha resuelto espacialmente debería considerarse como una categoría en la historia de la arquitectura denominada “Arquitectura para el ocio”, que se remonta hasta el momento en que los primeros hombres se reunían alrededor del fuego y se contaban historias mediante gestos y sonidos.

Los griegos edificaron teatros y ágoras; los romanos estadios, coliseos donde se destazaban osos, leones y cristianos, y circos máximos. La idea del Foro, centro político-administrativo donde transcurría la vida romana, habría sido un lugar aburridísimo sin las termas, el equivalente a los baños públicos hoy en extinción, donde además de bañarse la gente recibía masajes, se cortaba el cabello y en la intimidad del retrete ridiculizaba a sus gobernantes o superiores por medio del grafiti ordinario, que alcanza su punto más elevado con el célebre “gallito inglés” mexicano, presente en cualquier baño de carácter público.

El siglo XIX y su revolución industrial no sólo impulsaron una transformación radical del uso del espacio público, que incorpora a su amplia paleta de proyectos en pro de la salud pública dos tipos de parques: el urbano, como Central Park o Chapultepec, donde la gente de la ciudad se reencuentra con una versión idealizada del campo lejano y tranquilo, ideal para la ensoñación bucólica; y el parque de diversiones, cuyo antecedente más viejo se encuentra en el Bakken danés, fundado en 1583 en los alrededores de un ojo de agua, y que Walt Disney, de la mano de Mickey Mouse, convirtió en un emporio mundial donde incluso las filas suelen ser divertidas.

Hoy en día, las grandes salas cinematográficas han desaparecido prácticamente para dar paso a cines genéricos, como salidos de una línea de producción, en



los que no es posible reconocer la mano de sus autores porque forman parte de centros comerciales y donde el ocio, en realidad, se alimenta de distractores.

Los cines que el arquitecto Francisco J. Serrano (1900-1982) construyó en la ciudad de México son relevantes precisamente porque hacen del tema un pretexto para configurar la ciudad. El Teresa, del que hoy sólo se conserva la fachada, fue uno de los cines más bellos de la ciudad, con capacidad para casi 3,000 butacas. Dividido en lunetario y anfiteatro, el Teresa contaba con un elegante pasamanos de cristal,

molduras y relieves clásicos. Sobre la gran pantalla se alzaban esculturas que representaban a las Musas griegas, todas ellas desnudas, como ocurría con las protagonistas de las cintas pornográficas que durante muchos años se proyectaron en este sitio emplazado en el Eje Central Lázaro Cárdenas. Serrano también diseñó el cine Encanto (1937), ubicado en la calle de Serapio Rendón, colonia San Rafael, famoso por su descomunal altura. Por eso Jorge Ayala Blanco lo recuerda de este modo: “el cine Encanto [...] era tan alto que había luneta y, más arriba, estaba el anfiteatro, y después la galería, y luego otra cosa que se llamaba segundos”<sup>2</sup>.

El recuento de cines destruidos es largo: Latino, Chapultepec, Las Américas, Arcadia, Roble, Bella Época, Lindavista (estos dos cines, diseñados por el

arquitecto estadounidense Charles Lee, fueron inaugurados el mismo día: el 25 de diciembre de 1942; actualmente, el primero es sede de la librería “Rosario Castellanos”, del Fondo de Cultura Económica; el segundo es la iglesia de San Juan Diego). Y otros pocos sobreviven, a la espera de ser demolidos: como el Orfeón, en la calle Luis Moya número 40, y el Ópera (1949), del arquitecto mexicano Félix T. Nuncio, famoso por su impresionante fachada en forma de boca, de donde emergen un par de esculturas, y por el concierto que Bauhaus ofreció ahí en 1992.

El pianista británico Michael Nyman filmó una breve película a propósito del Ópera, impactado por la destrucción del sitio y esa belleza particular que surge de la combinación de silencio, óxido y telarañas.

Los grandes espacios del ocio sucumben ante la indiferencia del público al que una vez distrajeron de su cotidianidad. ■■■

<sup>2</sup> [bit.ly/PuRiTh](https://bit.ly/PuRiTh)

